

son datos aislados. Alejandra ha dado muerte a Fernando de cuatro disparos, y luego prendió fuego al mirador (léase la nota policial que precede al comienzo de la novela).

Martín comienza a vagar como un idiota, recurre al puente en que cada vez su vida parece estar en crisis, pero Bruno no se encontraba. Pepa, su ama de llaves, le comunica que ha venido aquel «mu-chacho flaco» que «ahora parecía además extraviado».

En los días posteriores al incendio Martín conversa con Bruno, con él intentará llenar los vacíos de la incomprensión que le ha dejado su relación con Alejandra. El le relata a Bruno sucesos aislados, sin conexión aparente, pero Bruno asiste comprensivamente al acto enajenado de Martín por tratar de rescatar recuerdos, su experiencia junto a Alejandra. También por esos días se encuentra con Bordanave, con quien descubrirá la otra faceta de Alejandra; él le contará que ella sentía un grandísimo placer de acostarse por dinero. Luego de esta conversación Martín sale a vagar, apesadumbrado por una carga negativa de afectos.

La espera de Martín está teñida de la «dificianza», no logra un sentido claro a sus actos, su estado de ánimo es un caos, su cabeza la siente como un torbellino, pesado, cargado de residuos, solitario se debate entre el suicidio y la vida. (Recuérdese que la espera auténtica o radical conducía al fracaso o al logro de la esperanza, pero éste es un sentido de tránsito, ya que la salida de la espera «auténtica o radical» es el «ser» en la esperanza).

Triste y solitario regresa a su pieza, se siente como que hubiese recorrido durante siglos un laberinto, en la desesperación de su soledad. Martín intentará una última posibilidad de aferrarse a la vida; a pesar que no cree en Dios, exige una manifestación de él para poder seguir viviendo.

«Surgió de su alma exaltada como descarga entre negros nubarrones de tormenta. Si el universo tenía alguna razón de ser, si la vida humana tenía algún sentido, si Dios existía, en fin, que se presentase allí, en su propio cuarto, en aquel sucio cuarto de hospedaje. ¿Por qué no? ¿Por qué hasta había de negarse ese desafío? Sí, existía. El era el fuerte, el poderoso. Y los fuertes y los poderosos pueden permitirse el lujo de alguna condescendencia. ¿Por qué no? ¿A quién hacía bien no presentándose? ¿Qué clase de orgullo podía así satisfacer? Hasta la madrugada, se dijo con una especie de placer rencoroso: el plazo definido y fijo lo hacía sentirse de pronto dotado de un terrible poder y aumentaba su resentida satisfacción, como si se dijera ahora vamos a ver. Y si no se presentaba, se mataría» (26).

---

(26) *Sobre héroes y tumbas*, p. 467.

En la soledad de la pieza el tono de desafío que ha tomado Martín para la manifestación del mensajero de Dios se torna en angustia, no logra descubrir cómo se le revelaría; repentinamente sale a caminar, como una forma de facilitar la presencia del mensajero.

Recorre antiguos lugares en que estuvo con Alejandra; pronto va entrando en una borrachera que no le deja pensar, siente la sensación de estar adormecido por un sueño. Despierta de su pesadilla y escucha: «¡Cálmese, niño! —le decía una mujer, sujetándolo de los brazos—. ¡Cálmese ahora!» (27).

Al despertar Martín sigue con su mirada los aspectos de la pieza de la mujer que le habla; frente a su cama entrevé una foto de Carlitos Gardel, otra de Evita y, bajo ella, un florero con flores; se da cuenta que a su lado lloriquea un niño en su cuna de cajón.

La voz portadora de la esperanza es Hortencia Paz; ella le expresa «hay tantas cosas lindas en la vida», un mundo simple expresado en la humildad de su cuarto.

«Martín volvió a sentir aquella mano cubierta de callos. Y Martín comprendió que tranquilizaba; aquella mano permanecía un segundo más, torpe, pero tiernamente en una caricia tímida...

—¿Se siente bien? —preguntó ella preocupada.

—Perfectamente. ¿Cómo se llama usted?

—Hortensia Paz, para serví a usted.

—Yo me llamo Martín. Martín del Castillo.

Se quitó un anillo que llevaba en el dedo meñique, regalo de su abuelo.

—Le regalo este anillito.

La muchacha se puso colorada y negó:

—¿No me dijo usted que en la vida hay alegrías? —preguntó Martín—. Si me acepta este recuerdo tendré una gran alegría. La única alegría que he tenido en el último tiempo. ¿No quiere que me ponga contento?

Hortensia seguía vacilando. Entonces se lo puso en la mano y salió corriendo» (28).

A partir de este momento Martín reencuentra la calma, su estado anterior en que su cabeza parecía estar llena de plomo líquido, basura; ahora siente un estado de liberación de esa pesadez. Los momentos que continúan están llenos de una tranquilizadora plenitud.

«Lo que en última instancia salva a Martín es que ha mantenido abiertas las líneas de comunicación con un mundo inocente y ele-

---

(27) *Sobre héroes y tumbas*, p. 451.

(28) *Sobre héroes y tumbas*, p. 454.

mental que coexiste con el mundo caótico de seres como Alejandra y Fernando. En sus momentos de angustia Martín siempre sale a la calle a sentir la realidad más explicable de Tito d'Arcángelo, y su padre, de Bucich y sus viajes a la Antártica. Esta es la cara simple y esperanzada de la Argentina que ayuda a vivir y que corre paralelamente a la Argentina compleja y atormentada que lleva a un callejón sin salida. Es la Argentina que vive en el mundo del cafetín y del *fobal*, lejos de las insolubles preocupaciones metafísicas» (29).

Cuando Martín sale de la pieza de Hortensia Paz —*amanecía*— las instancias anteriormente vividas por Martín le han servido para asumir el mundo de la esperanza; en su relación con Alejandra, su espera es «difiante», pero en ella también se vislumbra la confianza. Laín Entralgo, a propósito de la ambivalencia de la confianza y difianza, se pregunta: «¿cuándo un hombre será habitual y expresamente esperanzado?». Cuando sepa descender a través de su vida hasta la simplicidad de su ser radical, acierte a descubrir allí que su espera es constitutivamente «fianza» y, aceptando su descubrimiento, quiera llevar esa «fianza» a «confianza» (30).

Martín recupera su confianza, como hemos apuntado, en la faceta simple de Argentina; la esperanzada representada por D'Arcángelo, Bucich, Hortensia Paz. ¿Pero la esperanza es una resolución aislada? Martín, al regresar a su cuarto, recuerda lo que en alguna ocasión le había dicho Bruno.

«¿Cómo había dicho Bruno una vez?

La guerra podía ser absurda o equivocada, pero el pelotón al que uno pertenecía era algo absoluto.

Estaba D'Arcángelo, por ejemplo. Estaba la misma Hortensia.

Un perro basta»

El sujeto de la esperanza no espera solo; su esperanza conlleva un compromiso con los otros, es una coesperanza. El objeto de la esperanza es un bien compartido. Así en la obra que analizamos la esperanza se manifiesta en forma de compromiso solidario.

Martín decide viajar a la Patagonia; para realizar el viaje piensa en Bucich, pone sus cosas en la bolsa marinera y se dirige hasta él.

La última imagen que deja *Sobre héroes y tumbas* es cuando ya Martín y Bucich van de viaje a la Patagonia. Es el resultado del ascenso desde los escombros en que quedó Martín al término de su relación con Alejandra, para luego ascender a un estado de plenitud.

---

(29) Eyzaguirre, Luis: *El héroe en la novela hispanoamericana del siglo XX*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, edición 1973, p. 325.

(30) Laín Entralgo, Pedro: *Ob. cit.*, p. 541.

«Y entonces Martín, contemplando la silueta gigantesca del camionero contra aquel cielo estrellado, mientras orinaban juntos, sintió que una paz purísima entraba por primera vez en su alma atormentada» (31).

## LA ESPERANZA AMENAZADA

Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos. Eclesiastes 9: 4.

En un período tan convulsionado como el nuestro, los escritores asumen una actitud que es el resultado de su visión de mundo. Parafraseando a Sábato: él señala que la novela que realmente tenga resonancia hoy será aquella que ofrezca una luz, un posible orden, ya que la realidad de la novela es contraria a la del mundo cotidiano. En ella se expresan los sueños y deseos.

La precaria heroicidad del hombre de nuestros días se cristaliza en su lucha por la esperanza, a pesar de que las ideas nos conducen a ver el mundo desesperanzado. El anhelo de sobrevivir del hombre lo obliga a seguir descubriendo, y pareciera ser que el sentido de la esperanza, en último término la existencia, está en un mundo donde habita la sencillez humana, en un pequeño destino que le otorga sentido a la vida. Los frágiles y transitorios momentos de comunicación junto al otro le hacen sentir la comunicación como una comunión solidaria de pequeños destinos frente al infortunio.

La obra de Sábato, más que caracterizarla en una teoría de la esperanza, la podemos definir como el ejercicio de la búsqueda de la esperanza. Las aproximaciones a ella surgen de su peculiar vivencia en el mundo, que es el resultado de su indagación por la comprensión de él y de sí mismo.

La historia de la existencia humana se ha revestido de diversas promesas y sus signos han sido expresados en la esperanza. En un comienzo aparece caracterizada desde un punto de vista trascendental en la doctrina cristiana, para luego ir evolucionando en un sentido más terrenal. El mundo moderno pensó que la solución de sus problemas se iban a resolver con el desarrollo de la máquina y la ciencia. Para enfrentarnos al hombre de hoy, que vive rodeado de circunstancias que le hacen sentir la esperanza como amenazada, no logra encontrar claros elementos que lo funden en los valores de la cultura. Junto a ello, las doctrinas han caído en un abierto descrédito.

---

(31) *Sobre héroes y tumbas*, p. 465.

Por todos lados se nos cierran las posibilidades; el universo humano se torna insostenible, pero hay algo que nos induce a esperar: vivimos en una situación de prueba, en ella debemos superar diversas etapas para llegar a conquistar la esperanza de manera auténtica.

Por ello hablar de la esperanza no puede estar infundido por un gusto literario, sino que debe surgir de la experiencia del camino que vamos recorriendo y que a través de ella se nos manifieste su presencia.

Cierto es que el camino de la esperanza hoy en día se nos muestra difícil, pero el hombre no puede vivir sin esperanza, ya que es un elemento que lo constituye intrínsecamente. Quizás hemos equivocado el camino para conquistar la esperanza o la hemos representado en falsos ídolos. Porque, en último término, la esperanza es un anhelo de vida más plena a la que espera llegar el hombre.

Estar esperanzado le significa al hombre tener una actividad lúcida ante las circunstancias que le rodean; hemos perdido la capacidad de asombrarnos; sin darnos cuenta nos vamos endureciendo; un profundo desaliento rodea al hombre; ha perdido la capacidad de ser fuerte; se hace necesario casi un exorcismo del escepticismo que nos rodea; a lo mejor hemos descrito hasta el cansancio (en especial ciertas obras novelísticas) la imposibilidad de todo proyecto humano, pero cuando lo real es la desorientación, es a la novela a quien le cabe la tarea de entregar un orden en medio de este derrumbe.

Visionariamente, Sábato ha sabido captar esta situación humana y su novelística es expresión de esta búsqueda de un continente de esperanza que anhela la humanidad.

*ALBERTO MADRID LETELIER*

Las Trangueras 1180  
Las Conde  
SANTIAGO (Chile)